

PROBLEMAS DE LA EVOLUCION DE LA FE EN EL ADOLESCENTE

«Vosotros comprendéis muy bien que es la madurez de las ideas la que provoca, produce, dirige, aprecia o condena la madurez de las cosas. La vida depende, se quiera o no, del modo de pensar. Hoy esto es clarísimo: las ideologías son las que gobiernan el mundo.

La madurez produce evolución, transformación. En la evolución en que también vosotros os encontráis, ¿han de cambiar también vuestras ideas? ¿Caerá también vuestra fe cristiana? Pues b' en, atended. Cuando la crisálida se transforma en mariposa, cambia enormemente su aspecto y funcionalidad biológica. Sí. Pero no cambia su vida; no cambia su ser individual y substancial; al contrario, se manifiesta y se desarrolla en perfección y plenitud.

Es decir, hay transformaciones que hacen morir lo que es caduco o superfluo. Y hay transformaciones que desarrollan lo que está implícito y vivo. Todo consiste en saber juzgar y escoger bien para seguir el camino bueno de los tiempos nuevos.»

Pablo VI a una peregrinación de la Campania (25.4.64).

¿Cuál es el momento en que el niño pasa a ser hombre? La virilidad no data de aquella hora de violencia, rebeldía o autoafirmación. Se alcanza la madurez en el instante preciso en que después de una íntima defección exclamamos: «Señor, líbrame de mí mismo, no soy más que un pobre hombre».

Fue precisamente ésta la formación que Cristo dio a sus Apóstoles. Y especialmente a las columnas de la Iglesia, Pedro y Pablo. Resulta conmovedor. ¡Hizo de ellos pobres! Nadie ha encontrado a Dios sin la previa experiencia de su miseria. Nadie ha conocido a Dios sin conocerse al mismo tiempo a sí mismo, sin reconocerse débil, pobre y pecador.

Cualquier ser humano normal emprende simultáneamente la doble

singladura de su evolución sicológico-teológica. La profusión de estudios sobre la primera contrasta con los escarceos en el área del crecimiento de la fe. Luz fontanal que crea en todo cristiano el movimiento pendular desde la credibilidad excesiva a las dudas objetivas. Restablecer el equilibrio será la terapéutica más aconsejable. Pero ¿no hubiera sido preferible orillar las desviaciones?

Cada fase de la vida humana presenta sus modalidades específicas. Nuestro diafragma enfocará únicamente una parcela del vastísimo paisaje: «adolescencia-juventud».

La formación de «auténticos cristianos» en un mundo en plena transformación constituye el punto neurálgico de la pastoral moderna.

En el pórtico del presente trabajo se inscribe la naturaleza de la fe. Será preciso subrayar inmediatamente las exigencias de las nupcias entre Cristo y el alma, a partir del bautismo. Fases necesarias para dejar el camino expedito al planteo y análisis de los problemas de la fe juvenil. La imagen del mundo propia del niño se hunde para ceder paso a la comprensión madura de la existencia. ¿Cuáles serán las repercusiones de semejante mutación?

I.—LA FE

1. CRISTIANO = CREYENTE:

Ecuación que marca un punto de partida y señala los rumbos de la rosa de los vientos de cualquier fiel. La Revelación posibilita el contacto entre Dios y el hombre en ambiente de confianza. Ante todo no hemos de concebir el diálogo como erudito intercambio de verdades. El asentimiento a las palabras de otro presupone llegar hasta la persona. Quedarse en la corteza de lo que ésta nos dice sería falsificar la relación. La simple aprehensión intelectual o la deducción filosófica conducirán al soliloquio, pero nunca al diálogo.

En el Bautismo, Cristo infundió el germen de la fe. A través de los padrinos el neófito dijo «Sí» a una Persona. En la edad de razón ratificará normalmente su opción fundamental. Adolescente, encontrará de veras a Dios si sabe abrirle en abanico su corazón.

La fe sobrenatural estriba en una manifestación particularísima por la que Dios, uno y trino, revela el hontanar de su Existencia. Es el camino hacia el contacto vital con El. No una tendencia hacia la visualización de un primer principio abstracto elaborado con si-

logismos que la evidencia suministra. Dios abre al hombre el corazón y la inteligencia para que pueda recibir rectamente su Palabra.

Tal vez el amor humano más en exclusiva, el conyugal, simbolice esta mutua apertura. Su baluarte está herméticamente acotado por la gracia del sacramento. La moral no deja ningún portillo para acoger siquiera transitoriamente a un huésped. La puesta en marcha del amor se debe al contacto de dos voluntades humanas libres. En el matrimonio existe mutua interacción. Amar es siempre morir a sí mismo y vivir para otro y de otro.

En cambio, en el plano de la fe la iniciativa pertenece exclusivamente a Dios. El cristiano es el recipiendario que debe cooperar activamente con la gracia que toca su inteligencia y corazón.

«Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo. Ultimamente, en estos días, nos habló por su Hijo» (Heb 1,1). La epifanía de Dios es Cristo. Desde este instante la respuesta humana debe darse en El y por medio de El: «Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre, y quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo» (Lc 10,22). Punto de donde arranca el imperativo universal del seguimiento evangélico. «Del interior de la conciencia —refiere Pablo VI— brota una voz: si soy cristiano debo aprovechar esta fortuna y esta vocación. Si soy cristiano no debo ser un elemento negativo, pasivo y neutro y tal vez contrario a la ola de espiritualidad que el cristianismo lanza en las almas. Tengo que sumergirme también yo, y hasta dejarme arrastrar, diría, por el flujo de la gracia»¹.

La fe —concluiría con Merton— «es el abrirse de un ojo interior, el ojo del corazón, para que se llene con la presencia de la divina luz. En última instancia la fe es la única clave del universo»².

2. «YO SOY YAVÉ, VUESTRO DIOS».

Dios es el único que puede abrir el diálogo. De ley ordinaria utiliza el resorte de los signos exteriores, receptáculo de la fuerza penetrante de su gracia.

Israel comprendió desde los orígenes el sentido de las teofanías.

¹ Exhortación a la ciudad de Frascati (1.9.63), Eccl 23 (1963-II) 1215.

² *Nuevas Semillas de Contemplación*, EDHASA, Buenos Aires, 1963, 117.

Dios quería ser Alguien en su Historia. Para conseguirlo se dirige al hombre a través del acontecimiento. Su objetivo es inaugurar el Reino sobrenatural. Cada hecho histórico lleva inconfundiblemente la rúbrica de su acción trascendente (cf. Jue 6,10). A la intervención física de Dios hace eco el comentario profético que desentraña las riquezas de su núcleo. El pueblo adivina en la contemplación cómo «la palabra que sale de la boca de Dios hace lo que El quiere y cumple su misión» (Isaías 55,11).

Permítasenos inventariar uno de estos acontecimientos. La escena hay que ubicarla al sur de la llanura de Esdrelón. Bajo el terebinto de Ofra un joven procura esconder el trigo expuesto al asalto repentino de los ávidos madianitas. Situación límite del pueblo en la que Dios interviene para reducir la leva de Gedeón. «Es demasiada la gente que tienes contigo para que yo entregue en sus manos a Madián y se gloríe luego Israel contra mí» (Jue 7,2). Lcción que asimiló el valiente héroe y que hará irrevocable su renuncia en favor de «Yavé, vuestro Rey» (Jue 8,23).

Entre las tradiciones de la religiosidad del pueblo quedó como proverbial el «día de Madián». Isaías no teme recurrir a una efemérides de cinco siglos atrás para significar el júbilo de la liberación futura (cfr. 9,4; 10,26).

Mas en la actualidad, ¿cómo interviene Dios en la historia de los pueblos? Vaticano II, Conferencia Panortodoxa de Rodas, Bombay..., tienen relieve suficiente para probar la operación divina en el mundo moderno. La historia sagrada no concluye en los libros sino en la realidad. Con claridad meridiana lo expuso el Cardenal Secretario de Estado:

La palabra de Dios sigue dirigiéndose al hombre de hoy, tal como la Iglesia la propone en su integridad revelándole su propio misterio y al mismo tiempo descubriéndole el misterio divino. Es preciso descubrir la innegable riqueza de la vida del niño y del adolescente... para que en cada uno la palabra de Dios aparezca como una abertura a sus problemas, una respuesta a sus preguntas, una expansión de sus valores, al mismo tiempo que como la satisfacción de sus aspiraciones más profundas, en una palabra, como el sentido de su existencia y la significación de su vida³.

Pero no es menos cierto que ésta corre el riesgo de no impre-

³ Carta al Congreso Nacional Francés de Enseñanza Religiosa (4.4.64), Eccl. 24 (1964-I) 521.

sionar la retina del hombre embebido en las tareas terrestres. Hay que «infundir en la red de las comunicaciones sociales esa *palabra*, que no sólo no las mortifica, sino que las exalta y ennoblece, y las hace elevarse a la dignidad de hechos verdaderamente humanos, esto es, morales y espirituales»⁴. De lo contrario, cine, prensa, radio, teatro, TV., neutralizarán su nexo con la vida del trasmundo.

Tampoco resulta infrecuente la moción directa del Señor. Con el soplete de su gracia penetra hasta las honduras de su ser. Sin herir ni coaccionar la libertad marca el sesgo de muchos acontecimientos individuales. Aquí surge como peligro la cerrazón de quien bucea en su interior objeciones que le libren de cualquier compromiso. Sector propicio a todo género de ilusiones. En moral, fácilmente desemboca en la ética de situación.

3. ASCENSOR ESPIRITUAL DEL HOMBRE:

La fe exige la respuesta del hombre íntegro: entendimiento, voluntad y corazón. Llega al intelecto no a través de los sentidos sino mediante una luz directamente infundida por Dios en el alma. Implica aceptación de determinadas verdades. (Recordemos que éste no es el núcleo de la fe). Finalmente, desemboca en el sector de la conciencia. «Porque con el corazón se cree para la justicia, y con la boca se confiesa para la salud» (Rom 10,10).

No es de extrañar que la fe implique una serie de prerequisites morales. No es pura y simplemente la revelación de la verdad, sino la revelación de la verdad exigente, que es al propio tiempo la bondad en persona.

Dos obstáculos serios pueden interceptar la comunicación de Dios: cierta autosuficiencia endémica y la pleamar de lujuria. Ninguno de ambos escollos es insoslayable para un alma sensible al amor. Los envarados publicanos y las meretrices creyeron (cfr. Mt 21,32). Su vibración engendró el propósito de abrazar las exigencias de la fe. Gracias a la penetración suave de la verdad conseguirían dominar sus impulsos. Un jefe de publicanos bajó a toda prisa del sicomoro «y recibió a Jesús con alegría» (Lc 19,6). Diríase que el Hijo del hombre acaba de dilapidar, antes de morir, el tesoro de gracia que había traído consigo al mundo. Había dicho: «Bienaventurados los que sin ver creyeron» (Jn 20,29).

⁴ PABLO VI, Discurso a la Comisión Pontificia para las Comunicaciones Sociales (29.9.64), Ecll 24 (1964-II) 1397.

Una nueva, una última bienaventuranza —comenta el Sumo Pontífice— la de la fe. Bienaventurados quienes tengan fe en Cristo, sin haberlo visto, sin haberlo tocado; sino por haber aceptado como verdadera, como real, como iluminante, como salvadora su palabra. La fe es una bienaventuranza. No es una engañosa ilusión, ni una ficción mítica, ni un consuelo subrepticio, sino una auténtica felicidad. La felicidad de la verdad, la felicidad de la plenitud, la felicidad de la vida divina, factible a una maravillosa participación humana ⁵.

El objetivo que persigue la revelación divina radica no tanto en nuestra fruición intelectual como en hacernos partícipes de su inefable felicidad. El cristiano al decir «creo en Dios», quiere atestiguar la persuasión de que todas las fibras de su ser están ligadas con el Autor de la revelación. Por la fe adquirimos la experiencia de que Alguien piensa en nosotros y de que, mediante el acto de fe, pensamos en Dios. La fe salva. Pero no es menos cierto que también condena a quien rechaza sus exigencias. Será salvífica en la medida que incorpore a Cristo (Ef 3,17). Es la fe la que propiamente ve en Cristo nuestra salud y la alcanza. La Liturgia de San Fidel de Sigmaringa suplica al Señor «que nos confirme por su gracia en la fe y caridad para que merezcamos ser hallados fieles hasta la muerte en su servicio». Entonces se comprende por qué la esperanza no es algo advenedizo a la fe, sino reclamo insistente para conseguir ascender espiritualmente.

II.—DIALECTICA DE LA FE

La fe nace o madura por medio de la predicación (cfr. Rom 10,17). Sólo quien obedezca libérrimamente a la palabra del evangelio desarrollará su personalidad cristiana. Dios quiere consumir nuestra libertad a través de la comunión de fe de la Iglesia y por medio de nuestra necesaria sumisión a ésta. Por la Iglesia y solamente por ella, el hombre será salvo. Someterse a las decisiones del Magisterio no es un sobreañadido. Constituye, mejor, un elemento esencial de la fe. «La obediencia —leemos en la *Ecclesiam suam*— arranca de motivos de fe, se vuelve escuela de humildad evangélica, hace participar al obediente de la sabiduría, de la unidad, de la edificación, de la caridad, que sostienen al cuerpo eclesial, y confiere a quien

⁵ Discurso a la Universidad Católica de Milán, (5.4.64), Eccl 24 (1964-I) 527.

la impone y a quien se conforma con ella el mérito de la imitación de Cristo»⁶.

Simultáneamente el Espíritu nos instruye dentro. En este sentido no precisamos que nadie nos enseñe (cfr. 1 J 2,27).

Resulta errónea la creencia de que la fe o la incredulidad sean puro resultado del azar que nos colocó en determinado ambiente. La riqueza de la fe estriba en el gratuito don de Dios. El hombre debe indagar quién es, antes de cumplimentar sus obligaciones.

En el subsuelo de la fe surge la paradoja. Si en el bautismo se infunde total y plenariamente, ¿a qué obedece la referencia a su progresivo desarrollo?

Para responder cumplidamente a semejante interpelación será preciso deslindar algunas cuestiones:

1. ASIMILACIÓN CONSTANTE:

La verdad divina se expresa en palabras humanas. No fue revelada para circular a través de los manuales de Dogmática, en una monotonía sempiterna. Por el contrario, debe afectar de manera viva al hombre concreto, penetrar en su espíritu, en su corazón, transformándose en carne y sangre suyas. En una palabra: llevar al hombre a la Verdad.

San Pedro instaba a los primeros cristianos: «Estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere» (1 Pet 3,15). La falta de esperanza es tan característica en el mundo no cristiano como la carencia de fe. El conocimiento humano se agudiza mediante la participación en la sabiduría de Dios. Para alcanzarla se requieren luces especiales. La Iglesia guía nuestro periplo y hace pregonar la fruición de la verdad contenida en su seno. Mas no por ello avieja las energías del hombre. Pretende la inefable simbiosis entre el saber religioso y el saber científico. Ciencia y fe «son dos luces creadas para ser convergentes y dar al espíritu una esperanza, un gozo, una certeza que no podrán encontrarse en otra parte»⁷.

2. URGENCIA DEL REINO:

Apremiante hasta el extremo el mandato del Señor repercute con peculiares tonalidades ante las conciencias. «Id y amaestrada

⁶ Cfr. Eccl 24 (1964-II) 1099.

⁷ PABLO VI, *Alocución en la Iglesia de la Universidad de Roma*, (15.3.64), Eccl 24 (1964 I) 411.

todas las gentes» (Mt 28,19). El apostolado brota como consecuencia lógica del «amor de Cristo» (cfr. 2 Cor 5,14). A quien inflama la gloria de Dios y de la Iglesia le resulta amargo saber que sólo una minoría de los 3.283 millones de seres que pueblan el universo conoce a Cristo. El creyente es, en buena medida, culpable de la incredulidad de las masas. No recibió la fe para enterrarla sino para que la exhiba como estandarte a la vista de todo el mundo. Responsabilidad del don inestimable y singular de la fe. Pablo VI lo recordó ante los universitarios de Roma:

Los demás deben leer la fe en vuestras almas. Especialmente aquellos que todavía no participan de esta fortuna, tienen el derecho de interrogaros, ¿crees verdaderamente?, ¿vives tu fe? Vosotros demostrad que este testimonio no está vedado al que lo quiere contemplar y que, consiguientemente, todos podrán ver cómo el armonioso prodigio de luces convergentes es constante en vuestra vida y se renueva de continuo ⁸.

Sólo un amor auténtico y comprensivo pondrá en movimiento el diálogo que llegue hasta el corazón de los que yerran. Los hombres buscan el rostro de Cristo Salvador y suplican a los bautizados que se lo muestren. No podrán recibir esta revelación a menos de que éstos accedan a una densidad de fe que haga reconocer la fisonomía de Cristo en todo hombre y su acción en las personas o acontecimientos. En fin, si son fiel trasunto del salmista: «Tú, oh Dios, me adoctrinaste desde mi juventud y hasta ahora he pregonado tus grandezas. No me abandones, pues, oh Dios, en la vejez y en la canicie; que pueda yo manifestar tu poderío a esta generación, y tus proezas a la venidera» (Sal 71,17 s.).

3. PERSONA Y PROLIFERACIÓN DE LA FE:

De la Bedoyère confiesa en un libro sincero y a la vez cordial que, a pesar de haber crecido en una piadosa familia católica y en circunstancias extraordinariamente favorables, necesitó cincuenta años para captar el sentido profundo de la Religión.

Fehaciente testimonio de la finitud humana. El hombre, inserto en un mundo en expansión, precisa del apoyo de Dios. A tres podrían reducirse las leyes que deben presidir constantemente el esfuerzo por autofabricar la personalidad:

⁸ *Ibid.*

a) Ley del progreso: Todo ser vivo tiene por misión perfeccionarse. El hombre, además, debe poner sus talentos al servicio de Dios. Debe crecer en fe como el grano de mostaza y convertirse en árbol. Su testimonio polarizará la entrega de muchos otros.

b) Ley de la armonía: El crecimiento de la personalidad para que sea armónico debe orillar el desarrollo exagerado de determinada tendencia que contrarrestaría con el potencial del conjunto. Tarea de equilibrio muy similar a la de los constructores del Verrazano Narrows Bridge. Su octogenario autor, el suizo Ammann, puso exquisito cuidado en planificar el esbelto arco de triunfo de más de cuatro kilómetros de longitud.

c) Ley del sacrificio: Es axioma en psicología que toda elección supone renuncia. Arte sutil que impone la vida. El Papa lo desarrollará ante un auditorio de estudiantes franceses:

La vida es una elección, o mejor dicho, una serie de elecciones, una serie de opciones, un aprendizaje continuo del empleo de la libertad, y una conquista diaria de sí mismo por el esfuerzo y el sacrificio, pues la verdadera libertad se conquista. Está en las antípodas de la facilidad, del dejarse llevar, del abandono a los deseos o inclinaciones que con tanta frecuencia nos solicitan en el mundo de hoy. Supone una disciplina interior, clara y generosa⁹.

Siempre será cierta la existencia de millares de semillas que pecen y se pierden. Muchos gérmenes de vitalidad espiritual se malogran porque los hombres no están preparados para recibirlos.

Todo hombre, al elegir la orientación que marcará su vida sacrifica otras mil posibilidades. El escultor que desecha un bloque de mármol le priva para siempre de sobrevivir. Ineludible necesidad de sacrificio a la que nadie escapa.

Conviene someterse a estas tres leyes en el marco de la amistad divina, a fin de consagrarse mejor a la felicidad temporal y eterna de la humanidad. La juventud que siente bullir en ella la vida debe rehuir todo temor mezquino de ver reducida su personalidad si se entrega totalmente a Cristo. El día del bautismo suscribió su matrícula en la escuela de la fe. Bajo la experta dirección del Espíritu Santo las clases no concluirán. Programa vastísimo del evangelio cuyas lecciones deben aprenderse al compás de los días en ese Duomo de la Creación con sus enhiestas agujas.

⁹ 2 abril 1964, Eccl 24 (1964-I) 522.

El boceto de la dialéctica de la fe queda pergeñado en el párrafo anterior. Es tiempo de trasladar el centro de lo general hacia lo particular.

Nada más precioso que la fe de la infancia, adolescencia o juventud. Parece como si cada edad hubiera sido providencialmente concedida para captar una dimensión del misterio cristiano.

En todo adolescente aflora desde muy temprano el sentimiento de impotencia. Siente debilidad e inestabilidad en la presencia del tremendo misterio de Dios. No es tanto duda objetiva como sentimiento subjetivo. Al crecer la fe, también tiende a crecer el sentimiento de impotencia. Un joven que cree mucho puede, al mismo tiempo, en sentido impropio, parecer «dudar» más que nunca. Del mismo modo que el alpinista a quien la neblina robó el sentido del espacio siente menguar sus fuerzas ante la realidad diáfana.

¿Puede decirse que la moral implica abandono de la fe? Este parece ser el testimonio de muchos adolescentes que al experimentar las crisis propias de la edad sintieron vergüenza de abrirse en confesión. Guardaron la duda dentro de sí y renunciaron prácticamente a toda manifestación de piedad. Empiezan entonces a alejarse de Dios porque su corazón no es puro. La historia de Agustín en el décimosexto año se reedita para cada uno de ellos.

Me había hecho sordo con el ruido de la cadena de mi mortalidad, justo castigo de la soberbia de mi alma, y me iba alejando cada vez más de Ti, y Tú lo consentías; y me agitaba y derramaba, y esparcía y hervía con mis fornicaciones, y Tú callabas. Tú callabas entonces, y yo me iba cada vez más lejos de Ti tras muchísimas semillas estériles de dolores con una soberbia abyección y una inquieta laxitud¹⁰.

La pérdida de la fe coincide siempre con el despertar de los sentidos. No es la razón la que aparta de Dios al adolescente, sino la carne.

Cabe ahondar todavía más la pregunta. ¿Fueron realmente sólidos los principios dogmáticos que se les infundieron en las etapas precedentes? Las más de las veces —debería probarse estadísticamente— el acervo doctrinal que los adolescentes captaron en sus clases de Religión resultó incompleto. Aquí podría concluir todo si se piensa en el porcentaje de limitaciones humanas. Pero el des-

¹⁰ Confesiones 1.2; cap. 2, 2.

enfoque más terrible radica en la serie de ideas desviadas. Una verdad a medias es también error a medias.

El inventario de la fe personal debería realizarse al principio de la fase que analizamos. Así lo postulan las cuestiones entreveradas con la sicología evolutiva. Cuando cristaliza la personalidad es de todo punto de vista necesaria la presencia del elemento religioso como catalizador. La tan problemática adolescencia no existe. Sólo se dan adolescentes. Para cada individuo esta maduración se dará dentro de un clima diverso del de su vecino. Resulta imprescindible con todo acotar el terreno. Para el P. Babin la gran etapa de la adolescencia puede subdividirse en varios períodos ¹¹:

Preadolescencia	12-14 años
Adolescencia	14-16 »
Gran adolescencia	17-20 »

Cada mutación debe soslayar el doble peligro de conservadurismo y autosuficiencia. Por el primero, el sujeto se atrinchera en los sentimientos, fórmulas y expresiones de un pasado irrepetible. No menos pernicioso, por ser ventanal abierto al futuro, es el escollo de quienes imaginan conocer exhaustivamente la trayectoria de la fe.

En todo adolescente pugna por abrirse el dominio de la razón. Toda verdad objetiva halla cabida en él. Y una vez encarnada resultará difícilísimo combatirla. Frente a la inseguridad que le rodea retiene cabe sí ideas que flotan en su contexto. Mientras las dificultades se acumulan, cree, con su espíritu geométrico, que el camino quedará pronto expedito. Sueña idealísticamente recorrer la singladura sin embates y menos naufragios.

En el instante en que tales dificultades se adjetivan la lucha reviste caracteres dramáticos. Consúltese la serie de diarios íntimos de quienes cruzaron el océano pubertario. Los problemas del sexo acaparan su atención. El adolescente rehusa, en este estadio, aceptarse como pecador. Después de una caída considera imposible el objetivo que se propusiera. Su fe anquilosada le hace desconocer que ante Dios, todos somos pecadores. Se cierra lejos de la gracia como aquel adolescente que testificó: «Lo que me ha hecho perder

¹¹ *Los jóvenes y la fe*, Herder, Barcelona, 1962, 80. En ella caminan a la par el crecimiento fisiológico y las edades de la fe. Razón que justifica nuestra preferencia por encima de obras tan apreciables como las de Agazzi, De Toni, von Gagern, Nosengo, Rimáud, Moragas...

la fe es el ideal. He creído demasiado, he corrido demasiado en su prosecución. Pero era imposible, era falso. Entonces opté por abandonarlo todo».

El problema fundamental de esta edad gravita en torno al «yo». ¿Dios o yo? Este es el dilema que puede impregnar una vida como la del héroe de Shakespeare. Si el «yo» se asienta en el centro del alma pronto dejará Dios de ser su inquilino.

Ha llegado el momento de decidirse. Aceptar o rehusar una presencia. Comunión o soledad. Resulta imposible, por egoísta, la ambición que pretende poner a Dios al servicio de la elevación personal.

Dios ha querido correr todos los riesgos. A través de ellos el adolescente hará el aprendizaje de la libertad. Su tránsito parte de la vaga religiosidad infantil hacia la religión de Cristo. Debe madurar su tendencia voluntarista hacia el ideal por la fidelidad en responder a su vocación. Dios le llama por su nombre. Nadie puede remplazarle en su decisión. Su encuentro con el Amor jalonará su porvenir y hará brotar de su seno el manantial de agua viva (cfr. Jn 7,38).

III.—VOCACION DE CRISTIANO Y PROBLEMAS DE ADOLESCENTE

Cuanto precede sirve de pórtico a la problemática del adolescente. Brevemente se reflejan las dificultades. Las soluciones apuntan al terreno de los principios. En síntesis, quieren conseguir el acceso a una fe personal y reflexiva. El joven que enfoque su existencia como misión, se sentirá Iglesia y hallará en Cristo su salud.

1. LA FE, ¿SIMPLE TÚNICA BAPTISMAL?

El niño descubre a Dios a través de la paternidad. Por su psicología, ávida de complemento, percibe mejor que nadie la vinculación «Creo en Dios PADRE-TODOPODEROSO». Dato positivo que debe revalorizar en cada fase de su evolución. Sería sumamente peligroso reducir con semejante perspectiva la Providencia a una mera póliza contra todo riesgo. La fe del adolescente no es ya la del niño y tampoco la del adulto. Tránsito que afecta profundamente su siquismo. Puede, incluso, difuminar la silueta del Padre que está en

los cielos. De aquí dimana la importancia de despertar en el alma juvenil la capacidad de juzgar y afirmarse como persona.

Hacia los catorce años, en efecto, experimenta una crisis de desafecto por la vida de piedad, por toda vinculación comunitaria. Es poco sensible al compromiso apostólico. Dentro de la sintomatología de este período destaca su empuje instintivo que se colorea de sexualidad, independencia y agresividad. Al sensibilizarse con influencias extrafamiliares decanta las seguridades de la infancia.

La adolescencia sabe, tan pronto como entra en la arena, que está prometida a los únicos desposorios auténticos: los de la fe teologal. Pero no pretende colmar en seguida sus ansias. Pide que se tenga paciencia. Quiere primero cortar en la tela de la vida, que le parece interminable. Ensayarlo todo con una violencia tanto más terrible porque secretamente sabe que es inútil. Ansía superar su soledad y hallar al auténtico Amigo que sacie su sed de plenitud. Recuerda la frase de Bernanos: «La pasión de la amistad es la única que no se puede curar».

En el Evangelio vislumbrará el rostro del Señor. A través de la página santa columbra las exigencias del cristianismo. Y esto le agrada. Por otra parte, Cristo se le presenta indulgente. Comprende las debilidades de la humanidad. En cualquier brete será su confidente si el joven llegó a vivir su adhesión a El.

La fe que reduce la imagen de Cristo a la de un doctor que enseña o impone desde fuera el ideal, lleva en su mismo seno el germen de la destrucción. Bastará entonces cobijarse en la dulce interioridad de la conciencia para no percibir su eco. En este punto se plantea un problema crucial para todo adolescente. ¿Se trata de servir a Cristo o de realizarse personalmente? ¿Crear es ir a Jesucristo o hacerlo venir a sí? Bipolaridad que escinde a todo aquel que ignore la clave de la integración.

En esta encrucijada existencial debe, antes que nada, amar su situación. La túnica del bautismo le queda corta y con ella la fe que recibió. Cuando van a surgir los primeros interrogantes en materia de fe debe percatarse del insigne privilegio que supone la libérrima elección de Dios. La iniciativa siempre parte de arriba. Ananías creyó que el Señor conocía mal a Saulo (Hechos 9,13 s.), cuando ya lo había convertido en vaso de elección. La fe será también para el Apóstol lucha y victoria de Dios. Caído cerca de Damasco, después de conocer al Señor, le interpelará: ¿Qué he de hacer? (Hechos 22,10).

Alguien podrá objetar, ¿por qué la gracia de Dios que sostenía al niño no continúa su influjo en el joven? Dios no conduce ya del mismo modo al que puede guiarse por sí mismo. La gracia del Bautismo inclinó íntimamente las virtudes infusas. Pero aquel rasoero inicial era simple bosquejo de la plenitud que prepara la Providencia para cada uno de sus hijos. Medida que depende del grado de colaboración humana.

Los niños de Primera Comunión no deberían ser felicitados hasta haber vivido cinco, diez, quince... años en gracia. Efemérides que desgraciadamente algunos convierten en meta cuando sólo es punto de arranque. En repetidas ocasiones, Pablo VI dirige sus encomios no a lo que se ha sido o es, sino a lo que debe ser el futuro. La formación espiritual «hace superar al adolescente los momentos negativos de su conciencia religiosa en desarrollo, momentos negativos que marcan para gran parte de la juventud el ocaso del primer fervor y de la devoción de la primera comunión e insinúan las faltas y las dudas que caracterizarán la crisis religiosa de los años sucesivos»¹².

Quien haya oído hablar de los sacramentos como de medio útil, los frecuentará más tarde en la medida de las necesidades que experimente. Cuando éstas dejen de apremiar, el medio llamado infalible, corre el riesgo de convertirse en ineficaz. El utilitarismo que preside la práctica sacramental abre la puerta a los peores desencantos en torno a la perseverancia de los jóvenes. Y, sin embargo, los sacramentos son la actualización de la acción de Cristo en la coordinada espacio-temporal en que vivimos.

Es cierto que el adolescente cree. Pero a escondidas. Teme proclamar su fe. Conoce a Cristo aunque ignore todavía su Reino, la Iglesia. En cada naturaleza juvenil revive la historia de Nicodemo que llevaba la prudencia hasta los confines de la cobardía. Y no obstante, había pasado toda una noche frente a frente con Jesús, a solas con El, y su corazón había quedado abrasado en aquella entrevista. Pero cubría el fuego con cenizas...

2. LA FE COMO IDEAL:

Hablar de la fe como de artículo de lujo que conviene adquirir o porque sienta bien, implica una concepción idealística. Cualquier

¹² A los monaguillos de Roma, (25.4.64), Eccl 24 (1964-I) 665.

educador conoce hoy la sensibilidad harto roma que impera frente al ideal.

La hora actual —decía el Papa— se caracteriza por la gran incertidumbre de ideales, por un gran cansancio moral, los ideales están en crisis, las ideas fuerza están siendo sustituidas por cálculos utilitarios; el miedo a lo peor como si fuera algo inevitable, gana los ánimos y el esfuerzo moral no está de moda; la espada del espíritu parece descansar en la vaina de la duda y del irenismo; pero precisamente por esto el mensaje de la verdad religiosa debe resonar con mayor vigor. Los hombres tienen necesidad de creer a quien se muestra seguro de lo que enseña ¹³.

Una posible causa de este fenómeno suele verse en los abusos cometidos. Oraciones o imágenes que explotan hasta el exceso el sentido natural de lo sagrado. «Dadme la rectitud del abeto... la blancura del nenúfar... la claridad del manantial... Hazme, Señor, atravesar la batalla de la vida con una rosa en la mano...»

Desde hace un par de lustros dicho sentimiento tiende a atenuarse. Se le sustituye por el culto de la expansibilidad humana. Pero cabe preguntarse qué relación existe entre la fe y el sentido de lo sacro.

Dios nos ha colocado en el mundo. La creación es también lenguaje suyo que completa la Sagrada Escritura. Todo lo real es obra del Hacedor que lo mantiene en la existencia. Nos expresa su pensamiento, nos testimonia sus esperanzas y su intencionalidad. Amar a Dios es amar todo lo que El ha puesto al servicio de los suyos. En el cielo veremos a Dios tal cual es. En la presente condición de peregrinos nos hallamos cara a cara con su obra. A menudo el hombre remite a Dios a la esfera de lo abstracto.

El adolescente quisiera tal o cual ideal y sabe muy bien lo que haría en la circunstancia «x», siempre diferente de aquella en que la Providencia le coloca. Se hunde en el «si...» en lugar de sacar provecho de la coyuntura presente.

Cuanto menos este rimero de consideraciones despierta la inquietud y la sed de infinito. Especie de predisposición psicológica a las bienaventuranzas. Con todo difiere de la virtud teologal. Es sólo un llamamiento implícito del Evangelio. Si en este trance falla

¹³ Exhortación a los Párrocos y Cuaresmeros de Roma (12.2.64), Eccl 24 (1964-I) 237.

al joven el iluminador anuncio de la buena nueva no superará jamás el dintel de la fe.

Ahora bien, ¿puede y debe existir en la poliédrica vida moderna un joven sin ideales? Sin ellos ¿no quedaría irremisiblemente destinado a sucumbir víctima del materialismo más grosero? ¿De qué manera transpirará esta tonalidad divina que debe marcar cada uno de sus días?

Abrazadera de preguntas que aflorarán en el diálogo de apertura con los educadores. Será preciso evidenciar que el aleteo del ideal no fruteó en el terreno del Evangelio. En el léxico de Jesús y de los Apóstoles no hay ni una sola palabra para designarlos.

¿No nos damos cuenta inmediatamente de la cadena de dudas que se suscita sólo con hablar de «ideales del cristianismo»? Desde hace dos mil años el cristianismo está predicando esos ideales (paz en la tierra, fidelidad conyugal...). ¿Qué ha resultado de ahí? Los hombres ¿son hoy día mejores? La Iglesia, siquiera ella, ¿responde al ideal? Y fuera de su seno ¿no existen también los idealistas a escala universal? En este punto estriba la vivisección que denuncia K. Rahner dentro del catolicismo actual. Clero triunfalista frente al derrotismo de los seglares. Para los primeros la Iglesia dispone de los principios e imperativos concretos para crear un estado de felicidad universal. Pero como esto no se logra, los seglares reprochan a sus representantes oficiales de falta de correspondencia.

Buena parte de las dificultades y crisis que originan el conflicto entre el hombre moderno y la Iglesia procede del hecho de querer medirla según un esquema rígido. Mientras en este punto el contemporáneo se cree en el derecho de fijar la medida del ideal encajonando a otros, se concede a sí mismo, dispensa general de todo. Cuando algo constituye un ideal (amor al prójimo en su vertiente personal o real), el hombre de nuestros días se siente dispensado de él. «Es demasiado bonito. Con el catolicismo no se medra en las circunstancias actuales.»

Antaño los ideales tenían fuerza de ley. Hoy caminamos en las antípodas. Cuando un precepto moral resulta penoso se deja en la cuneta con la autojustificación de que no era más que un «ideal».

¿Quién no descubrirá en esta zona el serio peligro que amenaza la fe de nuestros jóvenes? También ellos sienten el bombardeo de sensaciones exteriores que arrumban cualquier patrimonio ancestral. Si ante la desgarradura que experimenta su espíritu acudimos a la

caduca panacea de los ideales, la herida penetrará más profundamente en su carne.

En la Revelación florece la solución auténtica. Creer es hacerse contemporáneo de Cristo. Y acaso al joven le lleve el mismo aroma de aquellas hierbas pisadas por la multitud que le seguía. Hoy como ayer Alguien llama a su puerta. Sensibilizarse con el Huésped que llega. «Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo» (Apo 3,20).

Edad de los encuentros. En ella debe incoarse la historia de una amistad que se perfeccionará en la vida eterna. Proceso lento al que no todos acceden. Es más, quizá sean muy numerosos los que queden desamparados. Juventud de transparencia cristalina que pide se le explique por qué los hombres pueden ser tan estúpidamente malos. Roza una especie de desesperación juvenil al ver que carece de porvenir.

Gabriel Marcel se declara aterrado al ver cómo, casi con el corazón alegre, se abandona todo lo que constituyó la grandeza religiosa de Europa. Su ensayo «Roma ya no está en Roma» enfrenta a Marc André (índice de la generación presente) con Pascal (erudito catedrático).

Usted ha vivido —asegura el joven—. No sé muy bien qué ha sido su existencia. Pero, en fin, ha escrito, amado, ha creado cosas..., no sé aún en qué ha creído. Pero en esas condiciones la palabra futuro no tiene el mismo significado que para nosotros. Usted por lo menos debe sentir que ha realizado cierta vocación.

Interrogación aguda que la juventud plantea a los adultos de quienes sospecha que no creen en la verdad religiosa que profesan. De ahí su grito: «Y yo, con todas mis fuerzas, quiero sobrevivir... Quiero sobrevivir». No dice que quiere vivir, que es el grito de todo ser joven. Siente, por el contrario, que su vida está atornillada por todas partes. No se trata del desarrollo de sí mismo, apasionadamente deseado por todo adolescente, sino de una supervivencia.

Ideas que justifican en la catequesis el giro del ideal a la vocación. Constante que debe presidir el mensaje a los adolescentes. La Palabra de Dios ha de ofrecérseles como una llamada en medio de sus deseos e insatisfacciones. El anuncio debe ser tal que todo adolescente sepa descubrirse a sí mismo comprometido¹⁴. En este

¹⁴ Cfr. Carta del Secretario de Estado al Congreso Nacional Francés de Enseñanza religiosa, l. c.

mundo todos somos útiles, incluso la piedra tiene su utilidad, si no las estrellas tampoco tendrían su razón de ser.

Cristo le llama para acompañarle positivamente en su fase evolutiva. Quiere confirmarle en sus potencialidades. El debido entronque entre lo nocional y la vida desembocará normalmente en una tarea. Concebir la existencia como misión en la que Dios es el Artífice principal. En consideración a la mentalidad realista y concreta de los jóvenes creemos que el mejor procedimiento de catequesis consiste en referir frecuentemente los problemas de actualidad a las soluciones y acontecimientos de la historia de salvación. Aridesces en la vida de oración al estado de Elías en el desierto (1 Rey 19,4-14). Jesús que ubica su existencia en el centro de coordenadas del Amor al Padre (J 14,12-21; 13,1-34). Sentimiento de fracaso experimentado por Pablo en el Areópago (Hechos 17,32-34).

Guardini es un guía inapreciable para tomar el pulso de una juventud sin recovecos. Su plegaria para el instante de levantarse, densa en sicología, prueba la orientación bíblica:

Señor, estoy en tu presencia. De Ti vengo. Tú me has creado. Te adoro con toda mi alma. Quiero vivir para cumplir la misión que me encomendaste. Penétrame con tu gracia. Tú me has creado. Créame de nuevo. Convoca mis fuerzas en cónclave para tu servicio. Lo que yo haga hoy, que sea bueno. Concédeme que en ese día te sea grato, para que al anochecer puedas decir como al anochecer de tu creación: es bueno ¹⁵.

A lo largo de la historia del mundo y en el transcurso de la vida Dios guarda siempre la iniciativa. No existen sólo principios, sino, sobre todo, Alguien que ama con un afecto familiar, profundo y exigente. En el camino empedrado de actos humanos, libres y responsables, el adolescente debe preguntar de continuo: «¿Cuáles son los designios del amor de Dios sobre mí?» Y recuerde que «la hora presente es de los jóvenes. Nunca quizá, como en este período de la historia y de la vida social la juventud ha tenido una misión más decisiva que cumplir. Si los jóvenes son buenos, ardorosos, la sociedad será digna, sagrada y santa, y también próspera y feliz» ¹⁶.

¹⁵ *Cartas sobre autoformación*, Dinor, S. Sebastián (1957²), 80-81.

¹⁶ PABLO VI, Alocución en la visita a la Parroquia de Nuestra Señora de Lourdes, en Roma, Eccl 24 (1964-I) 342.

3. NARCISISMO ADOLESCENTE:

El adolescente busca y ama apasionadamente la vida a través de la conquista de su personalidad, de su vocación y de su ser social. Ninguna edad como ésta en capacidad de sacrificio. Paralelamente a la entrega al mundo de los valores camina su admiración por los héroes. Conviene advertir que actúa, las más de las veces, en función de sí mismo. Para colmar ese «yo» que tiende a cristalizar.

Pasión por la autonomía que no le libera de la receptividad servil. En general, siente gran inclinación por el mundo de los adultos en el que cree hallar los valores que tan interesantemente persigue. Interés que puede servir de base inmejorable para abrirle al mundo de otro, de la amistad y de las responsabilidades dentro de la comunidad. Así brotará el deseo y la voluntad eficaz de construir un futuro feliz para su generación y las venideras.

La personalidad consciente madura progresivamente. Trabajo que es, en síntesis, una adaptación gradual a situaciones cada vez más perfectas y racionales. Adquisición de autonomía y entrega deberían ser simultáneas. Pero el adolescente es demasiado celoso de su minúscula personalidad. Inquieto y tímido empieza a desconfiar de los que le rodean. Se repliega en sí mismo y orilla dolorosamente ciertas cuestiones sin haberles hallado solución. Sus argucias interiores pueden quedar sin orearse por la cerrazón del medio familiar-educativo.

Resulta problemático delimitar cuándo empieza la juventud. El día que desaparezcan las excrecencias del «yo» marcará la línea de demarcación. Entonces se compulsa los sueños personales con la realidad objetiva. Sólo en la aceptación del mundo y de las cosas tal como son podrá germinar la elección de vida.

Quien reflexione sobre las apariciones de Cristo resucitado sentirá sorpresa por su denominador común. «Sus ojos no podían reconocerle.» Ni los discípulos de Emaús, ni los Apóstoles, ni María Magdalena conocen a Jesús. Le ven, pero no le reconocen. ¿Por qué? ¿Tanto había cambiado para que aquellos que habían convivido con El no le reconocieran?

La causa del error debe buscarse sin género de duda en una imagen demasiado humanizada de Cristo. Le veían a través de un prisma deformador. Imbuídos de ambición eran impermeables ante aquella súbita grandeza. Al caer la tarde de Pascua dos discípulos

darían el salto del conocimiento natural al espiritual. Perdieron de vista el rostro de Cristo, pero hallaron su misterio.

De modo muy parecido acaeció con María sentada a los pies del Maestro. Había elegido la mejor parte. Tenía necesidad de Jesús. Por ello, cuando Marta le anuncia en secreto: «El Maestro está aquí y te llama», fue prontamente hacia El. Después de aquel primer Viernes Santo se acerca también para ella el instante de la madurez. Quedó junto al monumento llorando «porque han tomado a *mi Señor*» (J 20,13). Individualismo de una fe adolescente. Ahora es Cristo quien tiene necesidad de ella. El Rabboni le abre al misterio de la Iglesia. «Ve a *mis hermanos* y diles... (J 20,17).

Historia evangélica que revive en la inmensa mayoría de los adolescentes. Transformación idéntica ocurrirá en la conversión de Saulo. «Cuando plugo a Dios revelar *en mí* a su Hijo» (Gál 1,15 s.). Primer movimiento de un proceso que descubre regiones otrora insospechadas. Gracia que coincide matemáticamente con su vocación de Apóstol. No puede entretenerse cara a cara con ese Cristo que acaba de encontrar en sí. Con la misma urgencia que el servicio de Cristo le apremia el de sus hermanos. Por ello concluye «... para que lo predique *a los gentiles*».

La personalidad adolescente rica en posibilidades de generosidad no trasciende, a veces, en una integración bien definida. Si el ambiente educativo se les impone como un código de tabús, nada de extraño resulta el hecho de tantos tonos grises en el vivir humano. Los contravalores no sirven para realizar una gran misión educativa.

Proteger la fe es de todo punto de vista insuficiente. Hay que familiarizar a los educandos en una vida cristiana comprometida. «Ellos pueden regenerar en sí mismos —recordaba Pablo VI en la Beatificación de Nunzio Sulprizio— el mundo donde han sido llamados a vivir por la Providencia. A ellos toca, en primer lugar, consagrarse a la salvación de una sociedad que tiene precisamente necesidad de espíritus fuertes y decididos. Los jóvenes comprenden su suprema vocación: las palabras de Cristo, la cruz, el sacrificio, son la salvación nuestra y la del mundo»¹⁷.

Existen educadores que únicamente pretenden la instrucción. Semejan esponjas que cuando se les aprieta empiezan con sus citas. Tampoco escasea el número de quienes, ante la planetaria comple-

¹⁷ 1 diciembre 1963, Eccl 23 (1963-II) 1727.

alidad de la vida, miden de continuo las imperfecciones. Interesante encuesta sería la que reflejara cuántas veces el adolescente recibe un sí y un no. En esta fase más que en cualquier otra existe el serio peligro de que al reprimir se acreciente el deseo de oposición agresiva que desbordará por el extremo contrario.

¿Quién no habrá oído en tales circunstancias la tan socorrida sentencia: «No me comprenden»?

Cierto. La comprensión no es abandono (teddy boys, blousons noirs, mods and rockers...), pero tampoco represión total (frustraciones, mecanismos de autodefensa...). Es «prender-con», partir con el otro hacia una dirección común.

El primer paso estriba en descubrir las virtualidades del otro. Este hondón del alma donde él es el mejor y el más perfectible. Con este conocimiento superior de sus virtualidades frutecerá la amistad. Atmósfera requerida para confirmarle por medio de la enseñanza que le ayudará a ensanchar lo que latía en germen.

Padres y educadores deben dar el primer paso en este orden de cosas. Para que pueda fraguarse una personalidad caracterizada según una vocación y estilo propios. Deben renunciar valientemente a toda intromisión que pudiera mermar el impulso de creación única. Si así se comportan se asemejarán a Dios que ama y quiere apasionadamente la libertad del hombre. Como Jesús amó al joven rico. Sin una dilección particular le hubiera sometido a una gracia todopoderosa. Mas el amor nada quiere obtener de lo que ama que no resulte libremente consentido.

Ser apóstol implica simultáneamente intervenir y desaparecer. No debe pretender que los otros sean lo que nosotros queremos incluso loablemente, ni lo que ellos anhelan con mucho ideal, sino lo que Dios desea con plenitud de amor.

4. INSTINTIVIDAD E INSEGURIDAD VITAL:

La unión del cuerpo y el alma hacen al hombre imagen de Dios. Y lo que El ha unido nadie puede viviseccionar. Resultaría igualmente falso tratar a cualquiera de los dos componentes como si fueran todo el ser.

Existe mucha gente respetable e incluso convencionalmente moral para quien en la vida no hay otra realidad que su cuerpo y su relación con las cosas. Su ser es, por consiguiente, una ilusión basada en la experiencia sensorial y nada más.

La carne codicia contra el espíritu. Surge el problema del amor que afecta a todo hombre y reviste caracteres de fuerza dramática en el despertar juvenil. El adolescente, aun sin pretenderlo, edifica su casa al borde del Vesubio.

La posibilidad de sortear las dificultades que tal estado entraña variará de un individuo a otro. El amor de caridad presupone movilización general de todas las energías disponibles.

Importa consiguientemente que el adolescente conozca con claridad meridiana los compromisos del cristianismo. La formación religiosa es para él necesidad vital. No le bastará con saber diagnosticar el mal. Requerirá mucha fe para seguir adelante, oído atento al Dios de su juventud que sigue amándole y que precisamente ahora reclama su corazón ardiente.

Son cada vez más los jóvenes que quieren ver claro en el problema del amor. En este sector debe descartarse todo conato de represión o sublimación de signo freudiano. Su vida moral debe inscribirse como en filigrana en el tejido de las opciones: «Amarás al Señor tu Dios...». Hay que ayudar al joven católico a comprender y apreciar los aspectos positivos de amar y ser amado. Ayudarle a aceptar este aspecto de la vida emotiva como si se tratase de la vertiente intelectual-volitiva.

Gran número de nuestros muchachos llegan a la adolescencia totalmente sin preparación por parte de sus padres, colegio, Iglesia o sociedad para enfrentarse con el vero y positivo sentido del sexo en su vida. Respecto a él se encuentran rodeados de una gran muralla de vergüenza, ignorancia, miedo o cinismo¹⁸.

El niño debe estar plenamente preparado para cuando vengan las poluciones nocturnas. De tal manera que tales experiencias signifiquen para ellos honrosas pruebas de nueva madurez y no miste-

¹⁸ Véanse sobre el particular:

ALCALDE GÓMEZ, Carlos, f. s. c., *Problemas de la Educación sexual estudiados a través de una encuesta*, SINITE 4 (1963) 165-172; 309-338. SINITE 5 (1964) 77-92.

ARROYO, Millán, *Problemas de Adaptación personal del Adolescente*, «Educadores» 6 (1964) 277-298.

BAEN, A., *Amistades particulares en la adolescencia*, «Educadores» 6 (1964) 735-754.

CHAUCHARD, Paul, *Etapes i condicions d'una maduració afectiva i sexual normal*, «Delta» 4 (1963) 51-70.

Fêtes et Saisons, *Les fréquentations ou l'éveil du coeur*, núm. 188, octubre 1964.

GÉRIN, Elisabeth, *El descobriment de la vida*, «Delta» 5 (1964) 45-60.

MENCÍA, Emiliano, f. s. c., *Adaptación religiosa de los adolescentes*, «Educadores» 6 (1964) 299-316.

rios impenetrables. Y ¿qué decir de la turbación y sufrimiento que origina, en esta fase, la masturbación más o menos habitual?

Problemas ciertamente viejos en la andadura de la humanidad, pero totalmente inéditos para quien los experimenta por vez primera.

En la movediza arena de la inestabilidad erótica huelgan las recetas. Ante todo urge educar los valores que conducen a la auténtica libertad. La pista de aterrizaje para todo adolescente va prefigurada en una presencia comprensiva y amiga que se coloca a su altura. No estabilizado aún, choca con el fracaso de sus ideas, posibilidades, aspiraciones y experiencias del mundo. El fracaso recatemente enfocado puede servir de trampolín que le coloque en la órbita de la salvación.

Sostenido por otro encajará los rudos golpes. Cuesta menos reconocerse pequeño y creer en los signos de Dios cuando se descubre cerca de sí, en un rostro de hombre, esa mirada que toma en serio y se obstina en afianzar la confianza. La única realidad que transforma la vida es una presencia o una ausencia. La presencia o ausencia de un Ser amado. Dios que es Amor está presente en nuestra vida. Y así nos es dada una nueva presencia de hombre.

En esta singladura debe llegarse al pleno entendimiento con Cristo que vive entre los suyos. El adolescente debe proseguir el trabajo de Cristo, su amor filial, su muerte y Resurrección. Dios no quiso labrar un mundo perfecto. La creación, cual otra Sinfonía imperfecta, camina hacia su complemento. Expansión progresista cuyo primer motor habita en lo alto. Quien conozca este cauce ganará los jóvenes «para Aquel que le ha enviado». Aquí estriba la clave del éxito de los escritos de Teilhard de Chardin.

Cuando el amor irrumpa en sus puertas purificará sus ímpetus. Recordará la ternura del Maestro para con su Madre. Su respeto con Marta y María. Su paciencia con la mujer de Zebedeo, su misericordia con la adúltera y con la mujer de Sicar. Cristo es desde la página de fuego del Evangelio su gran catedrático en la esotérica disciplina del amor. La sangre juvenil es menos fácilmente apaciguada por Cristo que el agua del mar de Tiberíades.

Quien ame comprenderá bien pronto las exigencias concomitantes. Mirar de frente al sufrimiento sin escandalizarse, sin amargos interrogantes, sólo es factible si se tiene ante el corazón el ejemplo de Quien subió libérrimamente hasta la cruz. Ante tal amor ¿convenía que nosotros fuésemos totalmente descargados de estas con-

secuencias y que sólo Cristo sufriera? No, una vez más Dios nos llama a la colaboración. Quiere hacer de cada cristiano una humanidad de suplemento en virtud de la cual pueda rescatar al mundo (cfr. Col 1,24).

El cristiano muere con Cristo y el acto por el cual termina su vida natural no es, para él, sino la entrada en la vida definitiva con Cristo. La muerte es el castigo del pecado, pero Cristo pagó totalmente esta pena. Ahora ya no puede ser más que el medio de reunirse con El en la vida y la gloria del Padre. El hombre en el momento de morir desea la vida. Por eso va al encuentro de Jesús, Vida y Resurrección. El hombre en el instante de morir comprende el peso del pecado, por eso va hacia el Salvador. En el tránsito de la muerte, el misterio pascual alcanza su plenitud. Cristo acaba de pasar al Padre con un nuevo miembro de su Cuerpo.

Al adolescente debe invitársele también a llevar una vida nueva, resucitada con Cristo. Una corriente irresistible arrastra todas las cosas en la estela del Maestro resucitado y nada podrá retener este movimiento ascensional. Aquí se incardina la concepción eminentemente bíblica del hombre peregrino eterno en la hondonada del tiempo.

Concepción, se objetará, de matiz teórico. Ante la denegación de las palabras, los jóvenes postulan hechos. Para fundamentar su fe hay que remitirse al acontecimiento único de la historia. Jesucristo que es hoy lo mismo que ayer y será siempre. Su aldabonazo no puede recusarse. En la encarnación nos sensibiliza con el sentido comunitario y fraterno. Sufre y perdona en Pascua. Pentecostés extenderá su triunfo más allá de los confines de la tierra.

Tampoco faltará la presentación sistemática del fotograma de la juventud actual. Es de lamentar que lo que condensa el modo de ser de la minoría se imponga ante el mundo como realmente significativo. Para contrarrestarlo Pablo VI se dirigía a la juventud italiana de Acción Católica en los términos siguientes:

Vosotros tenéis una gran fortuna, poseer una concepción segura de la vida, la que Cristo, mediante su Iglesia, ofrece al hombre de todos los tiempos, especialmente al hombre moderno con maravillosa respuesta a sus aspiraciones y a sus sufrimientos. Vosotros tenéis una misión que cumplir, la de ofrecer a vosotros mismos y a vuestros contemporáneos, a la juventud de hoy, la belleza y la fuerza de vuestros ideales ¹⁹.

¹⁹ 3 noviembre 1964, Eccl 24 (1964-II) 1558.

Debe hacerse resaltar la insatisfacción de la juventud en muchos países. Piénsese en Suecia, Inglaterra, Estados Unidos... Pero más importa la filosofía de los hechos, el análisis de las causas. Nunca la abundancia, los ocios excesivos, el ultraconfort y la carencia de problemas fueron buenos aliados de sana ascética.

Sólo en presencia de Cristo será viable el tránsito del niño al adolescente perfecto y de éste al joven y hombre maduro en el pleno desarrollo de sus facultades. Idea que Buck refleja maravillosamente en la última página del *Diario de Joel*, muerto al amanecer de su vida:

Ha sido, a pesar de todo, una vida hermosa. Estoy contento de que termine así.

Dios me ha amado lo bastante para guardarme en su gracia. Me ha concedido la gracia de no pecar. Me acuerdo...

En el fondo nunca he estado solo. El decía no, por mí. Esto no es posible sin El. Una fracción de segundo y yo hubiera dicho sí. Pero El estaba allí y su mano me sostenía sobre la pendiente.

Ahora lo veo claro. Verdaderamente no he podido asirme más a esta idea que ha sido mi única preocupación: no pecar, no traicionar nada, salvarlo todo²⁰.

CONCLUSION

Las conmociones anímicas que experimenta todo preadolescente tienden a reforzar su piedad. Paradoja sólo en apariencia. La desorientación externa e interna guía la mentalidad infantil hacia Alguien que está por encima de toda duda: Dios. Frente a las apremiantes dificultades en la canalización de la energía sexual, en las relaciones sociales: padres, educadores, amigos... busca en El su agarradera suprema.

La maduración religiosa durante la fase central de la pubertad se caracteriza por el distanciamiento visible ante lo tradicional. El joven aprenderá poco a poco que los caminos de Dios no son inteligibles superficialmente y que el hombre lleva en sí el estigma del pecado. Los primeros temblores de fe pueden desaparecer con la progresiva clarificación teológica. Siempre que no tengan su razón más honda en dificultades de comportamiento moral.

Muy pronto advierten los jóvenes la contradicción que se alza

²⁰ DE BUCK, *El silencio de un adolescente*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1962, 122.

entre las exigencias de los mayores y su comportamiento de conjunto. El mortecino testimonio de los adultos engendra sensaciones similares a las de Marc André. Pero tan sólo una pequeñísima minoría aduce vacilaciones propiamente contra la fe. Los más encuentran su punto de fricción en la práctica religiosa.

La crisis de fe de la sociedad moderna y de la juventud 1965 es, si se la examina bien, una crisis moral.

El Hno. Gabriel Mencía llegó, en su tesis doctoral, a la siguiente conclusión: «Pecado y oración son los dos elementos esencialmente integrantes de la religiosidad de nuestros jóvenes. Y, apurando un poco más el análisis, todavía encontramos que la oración personal está muy en función del pecado, de donde se deduce que es éste el elemento que tiene mayor importancia y mayor relieve»²¹.

Mas el peligro no estriba tanto en el pecado actual cuanto en la oculta desaparición de la conciencia de pecado y de la validez de las normas morales. Creer que nunca dejamos de ser pecadores puede ser tentación de unilateralidad. Fijarse sólo en la gracia que perdona y no en la que salva, redime, preserva. La existencia cristiana supone conversión, esfuerzo ascético para hacer triunfar el reino de Dios en nosotros y en el mundo.

Las dificultades en que caen los jóvenes aumentan su empeño por encontrar en la fe la energía para la pureza. Entonces la oración se hace más concentrada, la recepción de los sacramentos más frecuente, la disposición para el sacrificio gana enteros. Serie de prácticas que realizan casi con la exclusiva finalidad de anclar su alma en la paz con Dios y consigo mismo. El educador debe trazar, en este punto, la norma válida para toda la vida. El efecto de oración y sacramentos no debe ser entendido en sentido mágico-legalista. El esfuerzo personal debe prevenir y acompañar la eficacia de la gracia. En lenguaje teológico, esclarecer el valor del «ex opere operantis».

Al finalizar nuestro periplo quizá destaque en demasía la actividad religioso-moral de los adolescentes con mengua de la acción de la gracia. Nadie negará que la crisis de fe tenga implicaciones en lo moral. Pero ¿no es lo primero la fe, regalo de Dios? Si el hombre es sano en su actitud interna y posee una relación auténtica con Cristo, los problemas morales se desvanecerán por sí solos.

La religiosidad juvenil debe centrar bien sus dos ejes: piedad

²¹ MENCÍA, F. S. C., *La Religiosidad de nuestros jóvenes en un momento crítico*, CSIC, Madrid, 1962, 281.

integral frente a oración egocéntrica y encarnación apostólica como antídoto de la parálisis del pecado.

Los Hechos Apostólicos registran aquella expresión del Maestro: «Hay mayor gozo en dar que en recibir» (20,35). Ellos y ellas la han vertido a sus diarios íntimos. Con su «Darse a los demás» rubrican las verdades y principios que aprendieran en la catequesis.

Deben persuadirse los jóvenes de que su comportamiento no queda reducido a mera decisión personal. Es también decisión regalada por la gracia de Dios. En otras palabras, un obrar carismático de quienes constituimos «un solo cuerpo en Cristo» (Rom 12,5). Cada joven tiene su carisma. No debe esperar que sea algo claramente extraordinario sino colaborar inmediatamente en el juego de Dios Salvador. Y recibir como Dios suyo, al Dios único, infinito, que llama a cada ser por su nombre propio y le confía una misión irrepetible. A través del ligero y blando susurro de la gracia el adolescente podrá repetir con el Apóstol: «Me amó y se entregó por mí» (Gál 2,20).

Luis DIUMENGE, f. s. c.

BIBLIOGRAFIA

- ARIN ORMAZÁBAL, Angel de, s. j., *Problemática de la Fe en el mundo actual*, Ed. Razón y Fe, Madrid, 1963, 180.
- BRIEN, André, *Le cheminement de la foi*, Ed. du Seuil, París, 1964, 240.
- BRUMMET, J.: *Aventuras de la Fe*, Ed. Paulinas, Madrid, 1964, 196.
- COUDREAU, François, *L'enfant et le problème de la foi*, Ed. de Fleurus, París, 1964, 71.
- CHENU, M.-D., o. p., *La Parole de Dieu, I.—La Foi dans l'Intelligence*, Cerf, París, 1963, 416.
- FALGAS, Jaime, *Yo creo, ¿por qué?*, Studium, Madrid, 1964, 107.
- GARRONE, Gabriel, *Foi et Pédagogie*, Desclée, Tournai, 1961, 192.
- HUYGHE, Gérard, *Conduits par l'Esprit, Une école de la Foi*, Cerf, París, 1964, 256.
- KAMPMANN, Teodorico, *Educación y Fe, Contribución a una pedagogía cristiana*, Herder, Barcelona, 1963, 176.
- LEPPICH, Juan, s. j., *Dios entre ídolos y compañeros*, Studium, Madrid, 1963, 284.
- LOEW, J.-COTTIER, G.-M., *Dynamisme de la Foi et Incroyance*, Cerf, París, 1963, 136.
- SCHERMAN, Rudolf, *El Dios de los adolescentes y jóvenes*, Fax, Madrid, 1963, 204.
- VIEUJEAN, Juan, *La juventud de hoy*, Dinor, S. Sebastián, 1964, 236.